La religiosidad entre los pueblos Prehispánicos del antiguo ecuador. El caso de los centros ceremoniales yumbos

Holger Jara

Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación
Universidad Central del Ecuador

El presente artículo se refiere a la función ritualista de ciertos vestigios y espacios descubiertos en el noroccidente de Pichincha y que se los atribuye a los antiguos pobladores yumbos (500 – 1660 d. C.). La interpretación se basa y sustenta en el tipo de edificaciones que aún quedan, en la disposición de las mismas dentro de una geografía especial previamente seleccionada, y a partir de comparaciones pertinentes con otras culturas del área andina y americana. Tulipe, el gran centro ceremonial, es el mayor referente de esta propuesta.



Centro Ceremonial Tulipe

Las formas geométricas que tienen las piscinas de Tulipe, la distribución y organización de todo el conjunto, el emplazamiento especial en un valle, su orientación de Este a Oeste, la presencia de varios elementos, al parecer más simbólicos que utilitarios, inducen a hablar de éste y otros sitios del subtrópico del Distrito Metropolitano de Quito, más con un enfoque interpretativo que descriptivo. Son detalles que obligan a buscar y encontrar su significado. De allí que a lo largo de este ensayo se insista en un análisis que supere la mera descripción e inclusive se asigne el calificativo de 'ceremoniales' a aquellos sitios.

Concretamente, y con el afán de explicar el significado que tuvo Tulipe para los yumbos, corresponde vincular la evidencia arqueológica que se halla *in situ* con aquellos datos más universales que nos proporciona la astronomía, la geografía y la antropología. En este caso, el método inductivo nos ha obligado a observar detenidamente al monumento, analizar cada una de sus características tangibles y generar ideas e hipótesis que sorpresivamente coinciden con las explicaciones dadas en otros centros ceremoniales andinos y mesoamericanos en general.

Este nuevo escenario obviamente nos exige mirar a los verdaderos protagonistas de Tulipe en su momento histórico y en su accionar cultural. Es un intento por hacer hablar a las evidencias físicas e ingresar a su mundo intangible.

Sabido es que, para demostrar su agradecimiento y reciprocidad con los dioses tutelares, el hombre se vio en la necesidad de seleccionar lugares especiales en los cuales, mediante ceremonias mágico-religiosas presididas por sus sacerdotes intermediarios, se aseguraban del beneplácito, aceptación y glorificación de tales deidades.

Estos lugares especialmente escogidos, tanto por su características geográficas cuanto por las cualidades mágico religiosas que se les atribuía, eran centros ceremoniales de profundo contenido sagrado; eran puntos de equilibrio y de ordenamiento espacial del universo, residencia de los mismos dioses y, desde luego, centros de irradiación, capacitación y formación de los nuevos sabios o *yachakkuna* en el conocimiento de las ciencias.

Aquellos hombres, conocedores de las normas políticas, económicas, culturales y religiosas del grupo, también ejercían el poder de asesoramiento sobre los gobernantes y caciques, no sólo de la región sino también de las áreas circunvecinas.

Allí se plasmaban los mitos, ritos y símbolos, de tal manera que los creyentes eran capaces de reconocer tales creencias en el trazado geométrico, en la geografía local y circundante y en los mismos sistemas constructivos de la arquitectura civil y religiosa de esos centros ceremoniales. Allí acudían para informarse sobre los períodos de la siembra, la cosecha, las fiestas e, inclusive, para la reproducción efectiva y saludable del mismo grupo. Allí la tríada Jefatura-Centro Ceremonial-Producción no se manejaba aislada; por el contrario, todo el aparato gubernamental de este tipo de sociedades estratificadas se consolidaba y adquiría mayor fuerza y cohesión.

En esos espacios sagrados mediante la observación del cielo y el estudio solar, lunar y estelar se elaboraban los calendarios agrícolas y festivos, convirtiendo así a la astronomía en la madre de todas las ciencias. Allí se generaban y sustentaban las ideas, tradiciones y doctrinas, puesto que consideraban la morada de muchos dioses tutelares.

En el Perú se ha estudiado varios centros ceremoniales de gran magnitud como: Kotosh (Huánuco), Chavín (Ancash), Cupisnique (Trujillo), Kuntur Huasi (Cajamarca), entre otros.

De aquellas investigaciones se deduce que la misma especialización

económica productiva permitía ubicar inclusive a los artesanos junto a los sacerdotes y grupos de poder en residencias que formaban parte de esos centros ceremoniales. Se daba como un hecho incuestionable la cercana comunicación entre esos privilegiados con las divinidades, hasta el punto de llegar a conocer reservadamente los misterios de la vida, la muerte y todo lo que puede acontecer a la humanidad si es que ésta no cumpliera con los preceptos divinos. Ellos tenían que tranquilizar la ira de los dioses, ofrecer sacrificios, interpretar sus designios, etc., hasta convencer al pueblo de la importancia de su gestión vinculada a la de los centros ceremoniales, volviéndose así una casta sacerdotal necesaria e indispensable, co-gobernante de la comunidad.

La presencia de este gran número de personas con su diversidad de poder y funciones exigía una distribución interna del espacio físico de esos templos: un área para los sacerdotes, caciques, artesanos y comerciantes; y otra, la más sagrada de todas, dedicada exclusivamente para los dioses.

Con relación al espacio físico externo o profano, los centros ceremoniales estaban separados de las aldeas o de los barrios donde vivía la comunidad en general. El pueblo se reunía en los centros ceremoniales sólo para las celebraciones religiosas, o para profundizar en el conocimiento de las ciencias; aunque allí debieron también receptar las instrucciones de carácter estratégico en beneficio y defensa de la comunidad.



Celebración del solsticio (junio 2003) en la Piscina 2 por parte de los actuales pobladores de Tulipe, en su afán por reivindicar las manifestaciones culturales de sus ancestros bajo el ritualismo presidido por un shamán invitado.

En la arqueología guatemalteca, según Alberto Vallejo Reina, el espacio sagrado estaba definido por una plaza rectangular que caracterizaba a los centros ceremoniales y a la que se accedía a través de una plataforma escalonada o simple, ubicada en uno de los extremos de la plaza. Esta plataforma llamada *ahu* en la mayoría de los templos era considerada el lugar más sagrado de todo el sitio ceremonial.

En otros lugares de Guatemala, sin embargo, existían también espacios sagrados delimitados por un pavimento de

piedras (Vallejo, 2003, p. 3). La dinamia de estos lugares santos -y en general de todo el contexto de los centros ceremoniales- estaba dada por el poder de convocatoria, la eficacia de sus sacerdotes, y la asistencia de sus creyentes.

Refiriéndose a Chichén Itzá, el mismo autor lo califica como:

> ... el gran centro ceremonial maya, considerado en la antigüedad como la universidad cósmica de América. Aquí venían cientos de personas a estudiar las ciencias de toda índole; en sus pirámides y templos se encuentra grabado el resumen del conocimiento de la humanidad. Aquí fue depositado todo el conocimiento de los Mayas-Atlantes Itzás cuando llegaron a tierra del Mayab (Vallejo, 2003, p. 3).

Paralelamente al accionar religioso, en algunos centros ceremoniales se daba una amplia red de posibilidades para la producción de servicios, tecnología de servicios, explotación de los recursos naturales, vínculos de desarrollo, pero en la mayor parte de los casos tenía que ver con la circulación estratégica de información sobre problemas que afectaran las condiciones de su existencia. Chavín es un ejemplo ilustrativo. Esta cultura estuvo situada en el altiplano septentrional y en los valles de Lambayeque, Nepeña, Casma y Cupisnique, y hacia 1.100 a. C. tuvo inicio el estilo artístico que luego la caracterizaría. Allí se cumplían casi todas las posibles actividades culturales que podían vincularse con un gran centro ceremonial. Allí llegaban los comerciantes con sus bienes de prestigio, materia prima y manufacturas especializadas: productos apetecidos por los ocupantes de los centros ceremoniales y grupos de poder. Allí se discutían los eventuales peligros de guerra, derivados de desajustes entre los vecinos, o demandas propias de las comunidades en condiciones de conflicto o crecimiento. Allí se predecía el tiempo y se lo plasmaba en calendarios, logrando regular la producción de alimentos y su circulación.

En la cultura Olmeca (1200 a. C.) que se desarrollara en lo que actualmente es Veracruz y Tabasco, México, los centros ceremoniales se caracterizaban por las técnicas para trabajar la piedra, la observación de los astros, el culto a ciertas deidades, la práctica de una posible escritura y el cálculo del tiempo. Aquí, por primera vez, estos conjuntos arquitectónicos o centros ceremoniales se diseñaron y construyeron de tal manera que su orientación debía estar en relación con ciertos astros. Es decir, se da inicio a un emplazamiento no arbitrario y fortuito, sino inspirado en algún elemento o fenómeno significativo de la naturaleza, generalmente de tipo astronómico, hasta convertirse inclusive en verdadero observatorio de los cuerpos celestes.

Aquellos templos comenzaron a cumplir, entonces, una de las funciones complementarias que sustentaban la religiosidad, especialmente vinculada al campo de la astronomía. Para lograr ésto, desde esos centros ceremoniales los sabios amerindios medían el paso de las estaciones:

"Los construyeron según alineaciones celestes; eran observatorios astronómicos precisos y muestran que nuestros antepasados investigaban el cielo y las estrellas" (Avila, 2003). "Es posible distinguir toda una tipología de calendarios relacionados con la astronomía: solares (solsticiales), estelares, otros basados en períodos de recolección, estaciones climáticas etc." (Segundo Moreno, 2005).

A partir de la observación astronómica se pudo definir los ciclos estacionales, prever el tiempo, y aprovechar el período de la llegada de las aguas. De esta manera, los sabios prehispánicos relacionaron en beneficio de su pueblo lo religioso y astronómico con los fenómenos de la naturaleza; posibilitaron la interrelación entre los pueblos de diferentes regiones, contexto en el cual obviamente fueron alcanzando mayor preeminencia como especialistas asociados a dichos centros ceremoniales (Paredes y Pimentel, 2003, p. 2).

Volviendo a la distribución del espacio, el doctor Silva Cellis señala que los muiscas (cuencas y valles del río Bogotá hasta Ten, hacia 1200-1510 d.C.) construyeron templos que representaban un espacio sagrado claramente delimitado en todas sus dimensiones con características muy propias, en las que la forma circular de algunos templos estaba asociada con un culto solar. Es decir, se insiste siempre en la delimitación del espacio sagrado de estos centros y se resalta el simbolismo del círculo, figura que está presente también en Tulipe.

Los templos muiscas eran lugares sagrados presididos por el 'sacerdote', donde acudían los hombres y las mujeres para hacer sus ofrendas y solicitar favores. También eran sitios de enterramiento de 'sacerdotes' y caciques principales, así como establecimientos o seminarios donde se impartía instrucción a los futuros 'sacerdotes', caciques o jefes militares. Eran centros de culto al sol y de ritos mágico-religiosos, además de campos sagrados para la observación astronómica y meteorológica. Tenían suma importancia para sus vidas porque allí la divinidad se manifestaba.

En ese espacio se daba la comunicación entre los hombres y los dioses, los espíritus y las fuerzas bienhechoras, dispensadoras éstas de la fecundidad de la tierra. Era el lugar donde esos dioses los guiaban y les indicaban el tiempo de la siembra, la recolección, de fiestas y ceremonias (Silva Cellis, 2003).

La semejanza existente entre los centros ceremoniales de Centroamérica, o de la región andina, con los del Valle Sagrado de Tulipe y otros sub-centros (Ayapi, Piripe y Guayabal) descubiertos en territorio yumbo, nos permite sostener una sorprendente analogía, no arquitectónica sino de carácter simbólico, entre ellos.



Fotografía aérea del Valle Sagrado de Tulipe, actualmente alterado con la presencia de viviendas y vías modernas de acceso.

Unos como otros surgieron luego de la revolución agrícola formativa, cuando sus constructores a la par del crecimiento de las fuerzas productivas, su organización social, política y cultural, alcanzaron un alto grado de desarrollo.

Según los investigadores citados (Vallejo Reina, Avila, Paredes y Pimentel, Silva Cellis), para llegar a la categoría de centros ceremoniales debían cumplir con determinados elementos fundamentales que los caracterizaban y distinguían de cualquier otro sitio civil y profano.

Para empezar, el espacio natural a seleccionarse debía estar comprendido en una sacralidad geográfica: una roca, una montaña, un río, una isla, un valle, un lago, etc. Por otra parte, la edificación arquitectónica tenía que obedecer ciertos esquemas religioso-simbólicos impuestos por los sacerdotes y sabios de la comunidad: figuras zoomorfas, contenidos astronómicos, representaciones míticas, signos ideológicos, teocráticos y artísticos, etc. Finalmente, como parte de la vivencia de los creyentes y asistentes, los efectos de los ritos debían manifestarse por una iniciación, purificación, fecundidad, castigo, premio, reciprocidad, etc. Esta última parte, de pronto la más impor-

tante, en la práctica ritualista y según las religiones contemporáneas, suele ser identificada como energía, karma, conversión, paz del alma, reconciliación con Dios, retorno al equilibrio, eliminación del mal, triunfo del bien, mayor compromiso con las normas sociales, virtudes, mística, etc.

A continuación, veremos cómo los espacios geográficos del territorio yumbo se insertan en una geografía sagrada, determinante de los centros ceremoniales.

Sus efectos, al ser intangibles, dificultan descubrir e interpretar los elementos de escenarios muertos y profanados, de los que apenas queda su extraordinario marco geográfico y unas cuantas ruinas sin vigencia ritual. En este artículo citamos y describimos brevemente algunos sitios descubiertos en la prospección arqueológica y en los cuales -creemos- se dieron importantes prácticas rituales, como es el caso del gran centro ceremonial de las piscinas de Tulipe, los sub-centros ceremoniales de las piscinas de Ayapi, la piscina del Guayabal, los cementerios de San Luis, San Francisco, Nanegalito, Ayapi, además de algunos complejos de tolas, pogyos de agua, quebradas, cascadas, petroglifos, entre otros.

La denominación de centros ceremoniales se aplica entre otras razones, también por la vinculación que les asocia a aquellos sitios arriba mencionados con ciertos lineamientos, ejes o 'ceques' que, partiendo desde Tulipe se dirigen hacia zonas geográficas distantes; por lo que, sin pretender llegar a conclusiones definitivas vemos la necesidad de ingresar al campo interpretativo de las direcciones cardinales.

1. Orientación cardinal

Para nadie es desconocido el hecho de encontrarnos en 'la mitad del mundo', y por tanto de ninguna manera es una novedad señalar que también Tulipe participa de las bondades de esta zona. Pero lo que sí resulta interesante es que el valle de Tulipe escogido por los constructores yumbos, igual que las estructuras arqueológicas y varios de sus elementos más particulares 'coincidan' o guarden una orientación geográfica Este-Oeste; es decir, según el recorrido de la línea ecuatorial.

Asimismo, tampoco es desconocida la aseveración de que el conocimiento ancestral de nuestros pueblos, entre otras cosas, les permitió organizar sus espacios sagrados dentro de la gran organización del universo. Estos datos son prácticamente premisas que ahora ya nadie las discute.

Reiteramos que no se trata de imponer, aceptar o especular *a priori* tal o

cual función y mucho menos de carácter intangible; por el contrario, son hipótesis que vinculan los vestigios con las ciencias mencionadas. Por ejemplo, creemos que Tulipe es un centro ceremonial construido según lineamientos religioso-simbólicos y no un balneario que por 'coincidencia' tenga determinados diseños, formas y orientaciones. Su función fue de tipo ritual.

Tulipe está orientado de Este a Oeste, coincidiendo con la línea ecuatorial. Esto es cierto. Pero también, en opinión de algunos estudiosos (Eliade 1979; Burckhardt 1982; Milla Z.1990; Guayasamín 1996; Burgos 2002; Pérez J.F. 2002; Erazo R. 2002, entre otros) este tipo de lugares debieron estar relacionados entre sí formando ejes o 'ceques'. Esto también parece ser cierto: se constata, al menos en las cartas topográficas, que varios poblados e hitos naturales están alineados con Tulipe, y que bien podrían conformar una geografía sagrada.

La orientación cardinal tiene como principio, descubrir la relación existente entre la geografía 'profana', física, con el espacio infinito, espacio que se verá delimitado por el 'ceque' equinoccial respecto del cual Tulipe ligeramente se desplaza hacia el Norte: 00º 05' 52".

El punto 'centro del mundo' en Tulipe se halla en el cuadrado perfecto que se forma entre los vértices internos de las piscinas 1, 2, 3 y 4, y más concretamente en el punto por donde se cruzan las diagonales trazadas desde las cuatro esquinas de este cuadrado.

Ese punto vuelve a confirmarse como centro, si a partir de él trazamos un círculo que por lógica debe pasar por los vértices de las cuatro estructuras. Una vez determinado el centro de Tulipe, se lo relaciona con el 0º 0' 0" de la Mitad del Mundo que, como se sabe se halla en el área de San Antonio de Pichincha. La orientación Este-Oeste de las estructuras coincide plenamente con la orientación de la línea equinoccial.

Este detalle plasmado en Tulipe fue preconcebido por sus constructores, los sabios yumbos. Allí se demuestra una orientación no sólo del monumento sino del mismo valle escogido para el efecto. Su orientación fue intencional en pro de una función no meramente utilitaria sino de carácter trascendental del sitio, pues "el esquema fundamental de un templo proviene del procedimiento de orientación que constituye un rito en el sentido escrito del término" (Burckhardt, 1982, p.16).

La confirmación de esta orientación, a su vez, puede verificarse con el recorrido del sol que, en determinados días del año, lo hace de levante a poniente. Para esto se ha colocado un madero en el punto central de Tulipe y cuando los

rayos del sol chocan contra él, la sombra se proyecta en esa dirección, ocurriendo inclusive el fenómeno del medio día: la desaparición de la sombra por la caída cenital de la luz solar. En este caso el carácter ritual del sitio coincide con la aseveración de Burckhardt cuando señala:

> En el lugar destinado a la construcción del templo, se erige un pilar y en torno de él se traza el círculo utilizándolo a modo de gnomon: la sombra del pilar proyectada sobre el círculo lo indica en las posiciones extremas de la mañana y del anochecer, dos puntos unidos por el eje Este-Oeste (Burckhardt, 1982, p.16).

Estos experimentos han sido aplicados en otros sitios arqueológicos por donde atraviesa la línea equinoccial, y se ha atribuido su evidente coincidencia a conocimientos astronómicos de los respectivos pueblos. Por ejemplo, luego de ensayar durante los años de 1994, 1995 y 1996, Gustavo Guayasamín dice:

> Levantando en Puntiachil, Cayambe, una columna de 14.70 m comprobaremos que el 20 de marzo, la sombra recorre la dirección Oeste-Este proyectando al medio día el instante sagrado en el que habiendo sol, la columna no tiene sombra (Guayasamín, 1996, p.10).

Igualmente, Cristóbal Cobo ha elaborado interesantes interpretaciones respecto del cerro Catequilla, en donde según él estaría el "centro matemático exacto del mundo" (conferencia Universidad Central, 2006), detectado y conocido por nuestros pueblos precolombinos.

La línea Este-Oeste, que se une o pasa entre el centro de Tulipe y el área de la Mitad del Mundo (monumento de los geodésicos franceses y Catequilla), prácticamente se sobrepone con la línea ecuatorial; se confunden entre ellas. Además es una coincidencia que se da en este lugar con la orientación de las piscinas, del valle e inclusive del río. Esa línea de coincidencia sería el gran 'ceque' equinoccial de Tulipe que en términos astronómicos lo relaciona con el mundo, con el cosmos y con el universo.

Para establecer la orientación cardinal Norte-Sur, volvemos a trazar medias circunferencias que se entrecortan en forma de 'pez' (Burckhardt, 1982, p.17), mientras los restantes 'ceques' (Sureste – Noroeste, Suroeste – Noreste, etc.) se deducen fácilmente de los trazados intermedios que sugieren los mismos 'ceques' principales.

Los 'ceques' son líneas imaginarias que se orientan hacia puntos extremos, y que constatadas en la actual carto-

grafía ayudan a establecer puntos de referencia entre los pueblos antiguos y posibles relaciones culturales, rutas comerciales, vínculos simbólicos, etc. que se cristalizaron a partir de ese conocimiento astronómico y geográfico ancestral. Es decir, los 'ceques' no son vistos sólo como líneas que unen puntos cardinales sino como elementos de orientación cultural en la geografía física. Al respecto, Caillavet citando a Zu*Ídem*a, dice:

> Si bien se pueda comprender algún día la importancia ritual y mitológica de cada dirección de los 'ceques', es patente que el por qué de estas orientaciones combina múltiples razones de orden climático, hidrográfico, atmosférico, astronómico y político (Caillavet, 2000, p. 418).

Sin embargo, su aplicación no siempre es aceptada por muchos estudiosos, especialmente arqueólogos, pues con plena razón consideran que los radiales tarde o temprano coincidirán con algún punto geográfico que se encuentre bajo su orientación. Esto es verdad; en el trazado de un 'ceque' obviamente van a aparecer unos cuantos lugares que se incluyen en esa línea. La pregunta es: ¿tal alineamiento fue concientemente dirigido o simplemente se trata de una simple coincidencia?

En 1960, en una clase magistral, John Rowe propuso su idea de la figura zoomorfa del Cuzco, tuvo las mismas inquietudes y, más de una vez, en sus clases de arqueología dijo a sus estudiantes: "pese a que la figura del puma es tan evidente, se trata sólo de una hipótesis". Nosotros, con el afán de motivar futuras investigaciones sobre el tema, adjuntamos el siguiente listado de pueblos antiguos, sitios arqueológicos, hitos geográficos, etc. que se han descubierto con las prospecciones del ex FONSAL, actual IMP; y que coinciden en los 'ceques' que llegan a Tulipe desde la Mitad del Mundo, o que salen de Tulipe hacia su área de influencia cultural:

Para entender la función del 'ceque', o mejor, si se pretende definir un 'ceque' funcional, debe partirse con el criterio demostrable de la vinculación que se da entre la orientación cardinal-geográfica y la orientación cardinal-sagrada que tiene connotaciones sociales y culturales.

Nathan Wachtel confirma la dualidad funcional de los 'ceques' cuando dice:

> Los 'ceques' se definen a la vez social y espacialmente. Se trata de líneas imaginarias que divergen del centro del Cuzco, y sobre Los Andes se disponen un cierto número de lugares sagrados o huacas (montañas, fuentes, grutas, ídolos, etc.) (Wachtel, 1976, p. 118).

Empero, se mantiene en discusión el tema de los 'ceques' en el Cuzco, si tenían o no orientación astronómica.

El uso de las orientaciones cardinales o 'ceques' fue entonces panandino, y para el caso ecuatoriano y específicamente de Tulipe, la orientación Este-Oeste se dirige hacia la región amazónica y hacia la región costera incluyendo especialmente al gran centro ceremonial de La Tolita en Esmeraldas.

Francisco Valdez al analizar la etapa La Tolita clásico (300 a.C.-90 d.C.) señala:

> Dicha jerarquización se expresa también, en la organización del espacio. Se conforma una zona nuclear que reúne a las principales tolas formando una amplia plaza (Uhle, 1927b) a partir de la cual se alinean, en dirección Este-Oeste, dos ejes de montículos menores (Valdez,1989, p.11).

Resumiendo diremos que la orientación cardinal, no sólo radica en el hecho de ir uniendo los puntos y colocando en secuencia lógica unos cuantos lugares que construyen o generan un 'ceque', sino en la conjugación, ubicación y dirección equinoccial, estelar, solar; es decir, relacionados con directrices universales. Se trata de una relación que permite partir de la geografía 'profana' para incursionar en una geografía sagrada.

Esta geografía sagrada generaba una orientación fundamental para los pueblos ancestrales del actual territorio ecuatoriano, y particularmente de los del país yumbo. Aquí se incluyen solamente los sitios arqueológicos y pueblos andinos antiguos cuyos testimonios se ubican bajo tales orientaciones. Son vestigios o asentamientos constatados *in situ*, y comprobados en las cartas topográficas que surgen a partir del punto central de Tulipe, más concretamente del núcleo del círculo y del cuadrado que hemos señalado entre los vértices internos de las cuatro primeras piscinas.

Queda planteada esta propuesta y hará falta en futuras investigaciones seguir profundizando. Anteriores aportes -*El Intercambio de Obsidiana en el Ecuador Precolombino: Perspectivas Teórico Metodológicas* de E. Salazar, 1992; *Los Yumbos, Niguas y Tsáchilas o Colorados durante la Colonia española* de Frank Salomon, 1997; *Una exploración arqueológica del Pichincha Occidental-Ecuador* de Ronald Lippi, 1998- que se refieren a estos pueblos y a sus relaciones interculturales ya dejan entrever que el país yumbo no estuvo exento del macro contexto de la geografía sagrada andina; por el contrario, en nuestro criterio, estuvo en el área central de toda la dinamia que vinculaba especialmente la Costa con la Sierra, en el eje Este–Oeste.

De aquello estamos convencidos, pero conviene también ser claros: la dinamia de los pueblos no depende de un 'ceque' o de un eje; la dinamia casi siempre se da independientemente de entelequias y parámetros abstractos. Aquí viene la inquietud de todos: ¿qué pasa con tantos otros sitios importantes que quedan excluidos de los 'ceques'? ¿Acaso corresponde aumentar o multiplicar los 'ceques' o acaso es problema de coincidencias y no coincidencias?

A continuación, se describen varios de los centros ceremoniales descubiertos en el territorio yumbo, siendo Tulipe el más importante de todos.

2. Tulipe

Para construir este centro, el más complejo de todos, los pobladores yumbos escogieron el único y alargado valle que se orienta de Oeste a Este, en cuya entrada se unen dos quebradas y forman el río Tulipe. Es un espacio natural rodeado de onduladas colinas que en este estudio hemos denominado Valle Sagrado de Tulipe.

En este lugar, hito de la geografía sagrada, se construyó un complejo de estructuras hundidas al estilo Kalasasaya de Tiawanaku (altiplano andino, en las cercanías del lago Titicaca, 500-100 d.C.), con formas geométricas que incluyen cuadrados, rectángulos, semicírculos, círculos y polígonos, además de otros elementos integrados como gradas de acceso, canales de inducción de agua, etc. Su valoración semiótica permite descubrir el ritual laberíntico e iniciático del sitio.

Para la construcción de las primeras estructuras, se trazaron diseños geométricos partiendo de la cuadratura del círculo y de la cruz cuadrada; mientras que para las últimas estructuras acudieron al complejo sistema de los ángulos rectos, del círculo y de elementos simbólicos, posiblemente el felino y el sol.

En este contexto arquitectónico tan distinto a todos los centros ceremoniales del mundo andino y mesoamericano, el agua fue el elemento básico de la ritualidad.



Estructura poligonal zoomorfa en la que el pueblo yumbo debía realizar sus ritos vinculados con el agua.

En esos diseños y formas geométricas están reflejados o figurativamente representados el agua y los dioses tutelares: el Sol, la Luna, el puma. Allí subyacen los posibles mitos, creencias, doctrinas, conocimientos y la vivencia espiritual del pueblo yumbo. Allí se ejercía la comunicación dioses-hombre mediante ritos de purificación, agradecimiento y reciprocidad. Sus sacerdotes interpretaban los designios de los dioses, elaboraban sus calendarios agrícolas y festivos vinculándolos con los equinoccios y solsticios, transmitían las normas teocráticas sobre la vida y la muerte, sobre el bien y el mal, e inclusive demostraban sus variados conocimientos desde la astronomía hasta la herbolaria para la ingesta de los alucinógenos.

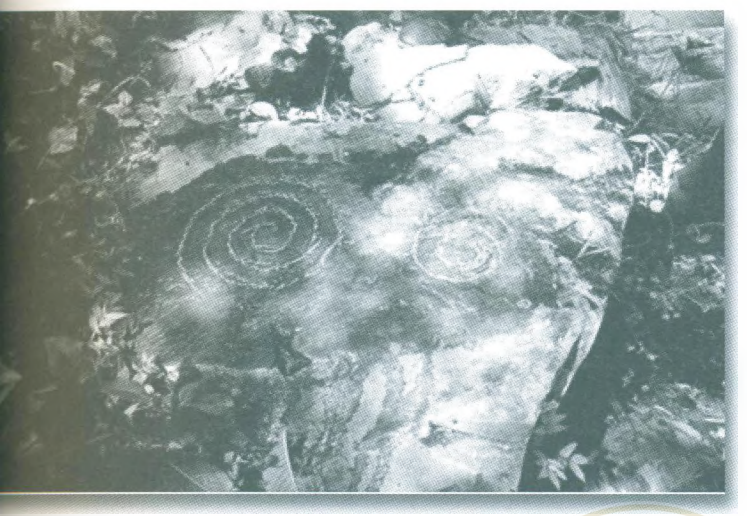
Revestidos de autoridad participaban directamente los caciques, señores o 'gobernantes', quienes receptando las premoniciones de los sacerdotes y las necesidades del pueblo se convertían en los ordenadores del mundo, en ejecutores de la voluntad divina y en los mismos dioses encarnados.

La asistencia a los ritos no sólo era de los pobladores yumbos. Efectivamente, la evidencia arqueológica –material cerámico de los pueblos panzaleo, puruhá, quitu, Cochasquí, guancavilca, manteño e inca- podría sugerir la presencia de 'romeriantes' de otras latitudes de la sierra, o de las zonas ribereñas de la *Sumakkuchamama* u océano Pacífico.

3. El guayabal en el Chirapi

Este sitio se halla en la margen izquierda del río Chirapi, a 2 km al suroeste de Pacto. Es un pequeño valle de aproximadamente dos hectáreas, enclaustrado entre grandes cerros por donde se abre paso el Chirapi. Se lo ha bautizado con el nombre de El Guayabal por estar ocupado casi totalmente por un hermoso bosque de guayabas. Este sitio presenta una serie de vestigios culturales entre los que sobresalen una estructura hundida y forrada de piedra como las de Tulipe, un pequeño petroglifo (Chirapi 3), un canal bastante grande de tierra que corre paralelo al río, una posible tola, restos de un culunco y pequeñas deformaciones topográficas a modo de terrazas.

La piscina se halla actualmente ocupada en su interior con plantas de café y guineo, pero los muros todavía conservan sus lineamientos bien definidos. Hacia ella converge la orientación de la tola y del culunco. No cabe duda de la gran importancia que tuvo dentro de todo el contexto del Chirapi; no sólo está vinculada a los elementos ya citados sino que forma parte de los petroglifos 1 y 2, de la hermosa cascada Gallito de la Peña, y de decenas de vados que se suceden



El petroglifo Chirapi 3 junto al río del mismo nombre que atraviesa el centro ceremonial de El Guayabal (foto Patricio Cando 2005).

a lo largo del cauce del río y que hoy, por hoy, constituyen los sitios más visitados de Pacto, especialmente por parte de bañistas.

4. Ayapi

En la confluencia de los ríos San José y El Pachijal, a 930 m.s.n.m., y en las coordenadas 739098E-006598N, se hallan dos estructuras hundidas de similares características a las de Tulipe y del Guayabal. Actualmente, están cubiertas de vegetación secundaria y protegidas por su propietario, el señor Maximiliano Rivera. Cada una de las piscinas rectangulares de este sitio presenta evidencias de una sola rampa que parte de los lados más largos pero con dirección opuesta entre ellas.

Estas estructuras son probablemente la parte más importante de todo un contexto cultural mayor conformado por el conjunto de tolas Alarcón, un cementerio y un culunco que, bajando desde San José de Ingapi atraviesa Ayapi, cruza el río Pachijal y se une con el denominado 'Camino de los yumbos' en Saloya. Es decir, en la zona del actual cantón San Miguel de los Bancos, este camino estaría vinculando el área central del territorio yumbo con sus antiguas poblaciones surorientales de Niguas, Cocaniguas, e inclusive, los territorios de los panzaleos y quijos.

El estado de conservación de estas estructuras es muy bueno, aunque en los últimos tiempos con el ingreso de colonos y con el desbrozamiento de bosques, su integridad se halla amenazada por huaqueros; de hecho en una de las esquinas de la piscina 2 se encontró la intervención de tales inescrupulosos 'buscadores de tesoros'.

Todo este entorno cultural de montículos o cementerios, tolas y culunco, delimitado además por el San José y el Pachijal, hace de las piscinas de Ayapi un sitio muy especial que sugiere inmediatamente una función religioso ceremonial más que meramente utilitaria,

pues no se justificaría su presencia vinculándola a simples actividades cotidianas de aseo, regadío o de agricultura, si precisamente junto a ellas pasan los mencionados ríos.

5. Piripe

Este sitio se halla en la margen derecha del río Piripe, afluente del Chirapi, en la cota de los 1.117 m.s.n.m., 013636N - 748861E. Se trata de un conjunto de muros que se distinguen claramente en medio de pastizales y cultivos agrícolas para consumo familiar. De acuerdo a su conformación, se los puede interpretar como muros de contención que se orientan de sur a norte según la dirección del río.

Entre los muros se hallan estrechas terrazas a modo de grandes huellas de una escalinata que se sostienen en los muros líticos de cantos rodados. La zona mejor conservada presenta tres paredes que se extienden alrededor de 15 m de longitud, con una altura media de 2 m.

Asociados a los muros de contención y a las terrazas o andenes se hallan también otros vestigios de acueductos, pisos empedrados, un camino y algunas pequeñas modificaciones de la pendiente topográfica natural probablemente con fines agrícolas o de ocupación habitacional.

Su estado de conservación es bueno, pese a encontrarse a orillas del río y en la parte baja de los pastizales. En gran parte se debe también a la base geológica sobre la que se asientan y que corresponde al estrato pétreo del cauce del río.

Por las características de los materiales y técnicas de construcción, Piripe guarda una estrecha relación con Tulipe, aunque se trate solamente de muros, acueductos y andenes. Los fragmentos de cerámica rescatados a nivel de superficie corresponden al período de Integración.

Considerando que casi la totalidad de los monumentos noroccidentales son de tierra (98%), éstos de Piripe, Tulipe, Ayapi construidos en piedra tienen un significado especial y de mayor trascendencia. Vuelve a aparecer el agua como el elemento sagrado que debe ser bien tratado a través de un acueducto similar a los de Tulipe.

En nuestro criterio, Piripe no se acabó de construir; apenas estaba encaminándose hacia la conformación de un nuevo centro ceremonial dedicado al agua; probablemente se frustró con el advenimiento del incario y de los españoles. El lugar es especial; allí confluyen dos quebradas que al unirse forman el Piripe y dentro de un contexto ecológico de bosque muy húmedo premontano

(bhpm), determinan un pequeño nicho de topografía restringida. No es un valle, pero sí dispone de áreas planas, hoy aprovechadas por sus propietarios en actividades agrícolas y habitacionales. Su acceso no es fácil debido a la profundidad de los lechos de las quebradas; la solución está dada a través de pequeños puentes y estrechos caminos.

6. Tolas Ceremoniales

Muchas de las tolas o conjuntos de tolas tuvieron una función de trascendencia no sólo por su ubicación estratégica sobre los piedemonte, sino por la conformación de sus contextos en los cuales confluye una pirámide mayor otras medianas y menores, un cementerio, plataformas agrícolas y especialmente la llegada o partida de un culunco.

La tola mayor, desde la cual se tiene una amplia visibilidad sobre el escenario geográfico circundante, sugiere ser interpretada bajo un enfoque religioso ceremonial aunque pudo también estar ocupada por un cacique y su grupo de élite.

Como ejemplo de estas tolas o complejos de tolas ceremoniales puede tomarse el caso de las tolas Mogollón en San José de Ingapi, a sabiendas de que podría ser cualquiera de los otros conjuntos yumbos como los de el Mashpi, Pachijal, Paraguas, Salento, Saguangal, etc. Las tolas Mogollón, San José de Ingapi (Z2E-3-422), son cinco estructuras piramidales entre las que sobresale una de proporciones mayores, a la que se accedía a través de sus rampas y en la que actualmente, en su plataforma, se levanta la casa de la familia Mogollón. A este conjunto está vinculado cultural y geográficamente un numeroso complejo


Tola Andrade

de montículos o promontorios (77 muy evidentes), que corresponden a un cementerio. Se hallan en la vecina propiedad de la familia Vallejo.

San José de Ingapi es un barrio que se ubica al suroeste de Pacto, a 2 km en línea recta, cuyos referentes limítrofes naturales son el río Chiripe por el norte y el Chalupe por el sur, que al unirse forman una particular cuenca hidrográfica, rica en vegetación y actividad agrícola.

TOLA 1: Su estructura es de 1.14 m de largo por 5 m de ancho y 2 m de alto. Se trata de una pirámide truncada, de plataforma rectangular, y con orientación de noreste a suroeste.

TOLA 2: Su estructura es de 2. 33 m de largo por 10 m de ancho y 2 m de alto. Su forma es piramidal, con plataforma rectangular, y con orientación de noreste a suroeste.

TOLA 3: Su estructura es de 3. 50 m de largo por 20 m de ancho, y 5 m. de alto. Se trata de la tola principal del conjunto, a cuya plataforma rectangular se accedía por sus alargadas rampas de las cuales todavía subsiste la del lado occidental. La otra rampa y el contexto geométrico general de la tola han sido significativamente alterados por la construcción de la actual casa del propietario local. Se orienta de noreste-suroeste.

TOLA 4: Su estructura es de 4.10 m de largo por 4 m de ancho, y 1 m de alto. Se orienta de norte a sur.

TOLA 5: Su estructura es de 5. 13 m de largo por 5 m de ancho, y 1 m de alto. Ocupa el extremo de uno de los ramales que se desprenden del piedemonte principal. Se orienta de norte a sur.

Cementerios

Todas las sociedades, ancestrales y modernas, han practicado algún tipo de rito funerario frente a la muerte. No existe cultura que haya demostrado un escepticismo ante este ineludible proceso degenerativo del organismo y cesación completa y definitiva de la vida. Este paso hacia otra instancia está revestido de complejos rituales, de carácter obligatorio para los deudos y su grupo social. En algunos casos, de no participar en estos rituales, las fuerzas malignas y el contagio de la muerte podrían hacerse presentes, como se afirma en las creencias de los pueblos shuar, ashuar, wao y otros pueblos amazónicos actuales.

La complejidad de los rituales funerarios ha sido objeto de múltiples investigaciones y tratados antropológicos, sociológicos y religiosos. Generalmente se coincide en que esta partida definitiva

debe consagrarse con lamentaciones, vigilias, maceraciones, duelos e inclusive sacrificios. La riqueza de estas manifestaciones generalmente intangibles varía, se regenera y adapta a posibles cambios formales, de acuerdo a los mitos del grupo y estatus que tuvo en vida el difunto, pero siempre perdurará la incuestionable idea de la partida final.

Si todas aquellas expresiones fueron y son intangibles se vuelve por consiguiente complicado e inalcanzable llegar a describir el ritualismo funerario de las culturas pasadas. Su reconstrucción es en algo posible gracias a los elementos físicos que entonces utilizaron y dejaron como recuerdo de quien partió y de quienes cumplieron con la obligación del rito funerario, pues "los cementerios proveen información indirecta sobre los patrones religiosos y socio-políticos de los pueblos" (Porras, 1976, p.197).

Es así como los arqueólogos han sacado a la luz una serie de vestigios funerarios como tumbas, ofrendas, cementerios, necrópolis, etc. que interpretándolos correctamente permiten conocer, quizá, una mínima parte, de las costumbres, creencias y simbolismos de esos pueblos.

En el caso de los yumbos, mediante la prospección, ha sido posible ubicar varios sitios arqueológicos que muestran haber estado vinculados al enterramiento de sus muertos. Estos cementerios están asociados a conjuntos monumentales, y casi siempre ocupan espacios inclinados o las laderas laterales de los piedemonte.

La versión tradicional que asignaba a las tolas una función funeraria o de tumba, al menos en el territorio yumbo no es tan cierta. Si bien no hemos realizado todavía excavaciones arqueológicas, por las experiencias frustradas de los huaqueros cuyas nocivas evidencias están a la vista, podemos asegurar que la casi totalidad de las tolas grandes y medianas no son tumbas.

Por el contrario, el patrón de enterramiento de este pueblo parece ser de la tipología en pozo, no siempre con el remate de túmulo, montículo o relleno de tierra que sobrepasa el nivel de la superficie. Todos los hallazgos de cerámica, metales, lítica, cuentas y huesos humanos reportados por los campesinos (entre ellos, dada la fiabilidad, anotamos a Gilberto Ayabaca, Oswaldo Cargua, José Acosta y Enrique Inga) provienen de este tipo de tumbas aparentemente dispersas. De lo que se ha constatado, varias de ellas apenas llegan a 2 m de profundidad y no presentan ninguna prominencia externa.

En cuanto a los cementerios que, como se ha señalado ya son espacios más evidentes, organizados y nucleares, por razones de precaución vamos a citar solamente dos ejemplos, anotando además que los propietarios de esos terrenos conocen a plenitud la importancia de ese patrimonio cultural.

A. El cementerio de San Luis Alto

El barrio de San Luis Alto, área con muchas evidencias arqueológicas, se encuentra en la parroquia Gualea, al Oeste y a 11 km en línea recta de Tulipe. Se caracteriza por la presencia de cerca de un centenar de pequeños montículos distribuidos de manera relativamente equidistante, entre 20 y 25 m uno de otro, sobre una ladera de leve inclinación, en los terrenos de los señores María y Carlos Galárraga.

El sitio de aproximadamente 5.000 m[2] ha sido una constante tentación para los huaqueros, quienes han obtenido piezas de cerámica, metal, mullos y piedra; por gestiones del ex FONSAL, los señores Galárraga no permiten el ingreso de personas extrañas que pretendan algún tipo de alteración. El estudio de la zona, sólo se concibe previa autorización del Instituto Nacional de Patrimonio Cultural y con el conocimiento del IMP.

Los montículos sobresalen del nivel natural del terreno y claramente se manifiestan como acumulamientos artificiales de tierra. Miden entre 3 y 6 m de largo, por 2 m de ancho y hasta 1 m de alto en la parte central del lomillo. En planta adquieren una forma rectangular. Esta pequeña acumulación de tierra, similar a la forma actual de cubrir una tumba en pozo, viene a ser una especie de señal del sitio concreto donde se ha depositado o ha ocurrido un enterramiento humano, pues el cuerpo y su ajuar funerario generalmente se hallan bajo los 2 m de profundidad, sugiriendo el desarrollo de un complejo acto ritual al momento del enterramiento, acto que a más de las ceremonias concretas, obedece a profundas connotaciones ideológicas relacionadas con creencias, leyes, valores, religión, etc. (Braithwaite, 1984, p. 93).

B. La tumba 1 de Chacapata

Se trata de una trinchera abierta en forma de un pozo rectangular, similar a las fosas de los cementerios actuales, ubicada en un sitio muy destacado del pequeño valle de Chacapata, parroquia de Nanegal. Los cortes o paredes fueron bien tratados, así como la distribución y contenido del ajuar. Las ofrendas de cerámica, lítica y metales no tienen una exquisitez de acabado, decoración

o formas. No obstante, el hecho de integrar un contexto funerario y de haber sido descubiertas sistemáticamente, les da una importancia que supera a los centenares de piezas con un alto valor estético que se hallan en las colecciones de campesinos y finqueros de la zona.

El sitio de Chacapata, está rodeado por un lado de grandes peñascos y por el otro delimitado por el torrentoso río Guayllabamba, que en esta parte desciende por un cauce muy estrecho y encajonado. De todo el contexto yumbo todavía queda una tola bastante bien conservada, varios vestigios que sugieren la presencia de otras tantas tumbas y sobre todo la evidencia de una gran plataforma que originalmente fue una tola y que luego los incas la reocuparon y transformaron en pucará.

Por todos los antecedentes descritos, y por la idea lógica que de inmediato surge o se infiere respecto de prácticas rituales que debieron darse en los enterramientos funerarios, Chacapata tuvo la categoría e importancia de un centro ceremonial.

Las primeras evidencias y resultados preliminares nos permiten plantear la presencia de dos patrones de enterramiento. El primero está relacionado con pequeños túmulos de un diámetro no mayor a los 3 m y con una altura que no sobrepasa los 0,50 m. Se los ha podido observar asociados cerca de las estructuras piramidales truncadas y de las tolas.

El otro posible patrón parece corresponder a contextos funerarios de planta rectangular, los cuales se hallan asociados directamente con las estructuras, pues al parecer fueron emplazados sobre éstas. Al momento, se ha podido determinar esta característica en el sector de Buenos Aires (de donde se habría obtenido ofrendas de concha spondylus calcifer y de madre perla); y en el sector del Pachijal, de donde se recuperaron varias vasijas depositadas como ofrendas. En el primero se pudo observar ciertos fragmentos del esqueleto mostrados por el propietario de la finca; en el segundo, no se pudo recuperar restos óseos.

Mientras se realizaban los sondeos arqueológicos alrededor del pucará, hacia el sector sur, a 150 m de distancia y a una profundidad de 2 m se encontró evidencias de cerámica entera, presumiblemente parte de una ofrenda funeraria. En efecto, luego de su limpieza y excavación se comprobó la presencia de una tumba rectangular de 2.80 m de largo por 0.90 m de ancho, en la cual quedaban todavía huellas blanquecinas de la osamenta humana y varias piezas de cerámica bien conservadas.

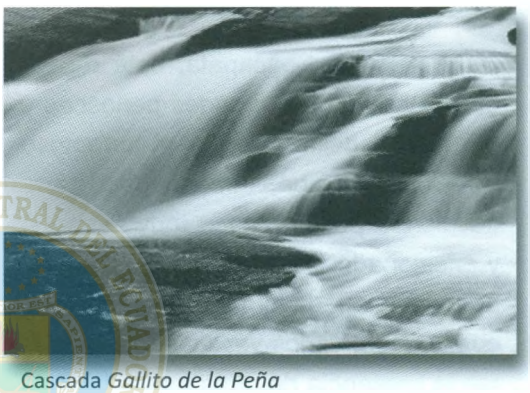
La profundidad del enterramiento, determinada por la presencia de un cráneo, parte de las mandíbulas con sus dientes y algunos huesos de la mano, que es de 1.40 m bajo la actual superficie. Sobre esta osamenta aparecía una piedra, probablemente colocada *ex profeso,* pero sin muestras de haber sido trabajada. A este contenido óseo se asociaba una falangeta, que por su tamaño sugiere pertenecer a un adolescente.

El material que se recuperó de la tumba es de tipo ordinario, indicando que no se trataba de un personaje de rango mayor. A una profundidad aproximada de 3 m se encontró una vasija globular y un conjunto de nueve fusayolas. En general, la cerámica presenta poca variabilidad formal, pues se hace evidente la presencia de ollas similares a las descritas por Lippi, además de compoteras, cuencos, platos, cántaros y torteros.

8. Cascadas

Uno de los aspectos que caracterizaría a la cultura moderna occidental, sería el proceso de desacralización de su entorno, en el que personalmente incluimos un grado de autosuficiencia y una incapacidad de reencuentro con la naturaleza.

El mundo del agua, tierras, viento, árboles, montañas, animales, ya no tiene la misma importancia ancestral, su vigencia ha cesado en la mayoría de los espacios. Lo sagrado se ha trasladado a iglesias, oratorios, templos, con otros elementos de culto.



Cascada *Gallito de la Peña*

Asimismo, el antropocentrismo ha llevado a concebir al ecosistema como un mero espacio de recursos, en una relación de explotación nada preventiva ni prospectiva. No importa el futuro ni las nuevas generaciones; mucho menos el pasado. Interesa exclusivamente el presente. Por tanto, 'la medida de todas las cosas': el hombre, libre de mitos, ritos y símbolos ligados a su entorno natural, se siente con el derecho de extraer toda la producción, sin preocuparse de la afectación irracional que ocasiona a la naturaleza.

La historia del hombre moderno, diríamos con Franco La Cecla, está liberada de la historia natural; es una historia al margen de la naturaleza (La Cecla,

1987). El único protagonista es el sujeto de la ciencia, de lo abstracto, de los sistemas sofisticados pero cuantificables en términos monetarios. Consideramos que este distanciamiento será perjudicial a futuro: el ser humano estaría labrando una suerte de orfandad mediante la desvinculación con la naturaleza.

En este artículo incluimos a las cascadas entre los escenarios religiosos de los pueblos antiguos, particularmente yumbos, porque aparecen asociadas a eventos claramente culturales, como tolas, caminos, cementerios, petroglifos y cerámica, sugiriendo una función de purificación y espiritualidad de estos saltos de agua. Las condiciones topográficas que caracterizan a la región noroccidental, hacen que las aguas de las quebradas desciendan precipitadamente, formando pequeñas pero preciosas cascadas antes de confluir en los ríos más grandes, el Alambi y el Guayllabamba. En las épocas de verano el volumen de agua disminuye ostensiblemente, pero nunca desaparecen.

En la prospección arqueológica se ha registrado más de una veintena de rincones paradisíacos formados por estas cascadas, muchas de ellas desconocidas por estar ventajosamente internadas en las quebradas, y otras tantas muy frecuentadas por los actuales pobladores.

9. Pogyos y aguas termales

Los culuncos en sus largos y serpenteantes recorridos, no sólo unen los grandes conjuntos de tolas, asentamientos, cascadas, cementerios, zonas productivas y centros ceremoniales; tampoco ascienden exclusivamente hacia las bocas de montaña para atravesar la cordillera Occidental y llegar a territorios de otros pueblos como los Quijos, Panzaleos, y Quitus, sino también van vinculando o acceden a otros elementos, para nosotros, menos destacados, pero que para los yumbos, parece ser, tuvieron una singular importancia. Varios de ellos llegan o avanzan por los pie de montes hasta donde se inician las quebradas y aparecen los pogyos u 'ojos de agua'. Estos sitios tienen un significado simbólico de trascendencia, tanto por la 'hierofanía' y la manifestación de la vida que surge y fluye a través del agua, cuanto por el mismo elemento vital que en el pueblo yumbo se constituyó en el más sagrado de todos.

Dentro de este contexto, corresponde señalar el sitio de Vista Hermosa, en el que el agua tiene características termales y medicinales, y que ahora está contemplado como uno de los polos de desarrollo turístico por parte de sus propietarios. Hacia este tipo de pogyos especiales se orientan también varios senderos antiguos como testimonios de su utilización ancestral generalmente

vinculada con cultos al agua, ritos de purificación, simbolismos de género, y ubicación en líneas rectas. En especial, la combinación de los dos últimos elementos mencionados dan sentido a la concepción de la geografía sagrada en la cosmovisión andina (Caillavet, 2000).

En conclusión, los vestigios culturales que hemos descubierto en el amplio territorio yumbo cuya franja se extendía de norte a sur, desde Intag en la provincia de Imbabura, hasta el área tsáchila en Santo Domingo de los Tsáchilas, y de oeste a este entre los 400 y 1.800 m.s.n.m., tuvieron no solo una función utilitaria de esos habitantes subtropicales, sino también, y sobre todo, una función de trascendencia simbólica, religiosa y ceremonial que los vinculaba con sus deidades. Por tanto, son testimonios tangibles y concretos que hablan de un patrimonio inmaterial que merece ser conocido, conservado y difundido.

Este proyecto, iniciado en 1980 por el Museo del Banco Central y luego retomado por el Fondo de Salvamento del Patrimonio del Distrito Metropolitano de Quito, ex FONSAL, pero siempre bajo la responsabilidad del mismo investigador que suscribe el presente artículo, ha merecido varios reconocimientos nacionales e internacionales, siendo el más reciente el Premio Reina Sofía de España. Dicho premio se basó, a decir de los expertos evaluadores, en 3 argumentos: la originalidad del monumento, la interpretación coherente sustentada en una seria investigación y el empoderamiento de la comunidad respecto a su patrimonio arqueológico, gracias al cual ha mejorado su calidad de vida.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
FUNDADA EN 1826
QUITO

Bibliografía

BURCKHARDT, Titus (1976). *Principes et methodes de l'art sacré*, Paris.

CAILLAVET, Chantal (2000). Etnias del Norte. *Etnohistoria e Historia del Ecuador*, Quito, Ed. Abya-Yala.

ELIADE, Mircea (1979). *Imágenes y símbolos*, España, Edita Taurus Ediciones.

ERAZO, Rodrigo (2001). "La geografía sagrada en la línea equinoccial. Manuscrito del proyecto de la prospección del bloque Pacto", Quito, FONSAL.

FRANCO, La Cecla (1987). Manifiesto Animista. En *hombre y ambiente el punto de vista indígena*. Tomo I. Ediciones Abya-Yala.

GUAYASAMÍN, Gustavo (1996). "El cerco del sol. Teoría astronómica para recuperar nuestro ancestral conocimiento del sol y la medición prehispánica del tiempo", Quito, manuscrito.

LIPPI, Ronald D. (1998). *Una exploración arqueológica del Pichincha Occidental-Ecuador*. Ed. Museo Jacinto Jijón y Caamaño.
MILLA URIBE, Zadir (1990). *Introducción a la Semiótica del Diseño Andino Precolombino*. Ed. CONCYTEC.

PÉREZ A, Juan Fernando (2000). "La ciudad inca de Quito y su trazado geométrico ritual". En *Revista Cultura*, segunda temporada, Núm. 8. 53-71. Ed. M.B.C

SALAZAR, Ernesto (1992). "El intercambio de obsidiana en el Ecuador Precolombino. Perspectivas metodológicas". Compilado en *Arqueología en América Hoy*, Gustavo Politis. Bogotá, Ed. Fondo de Promoción de la Cultura.

SALOMON, Frank (1997). "Los Yumbos, Niguas y "Colorados" durante la colonia española; Etnohistoria del occidente de Pichincha". En *Tulipe: Centro ceremonial del noroccidente de Pichincha*, por J. Issacson, H. Jara, y F. Salomon. Quito: Banco Central del Ecuador (Miscelánea Antropológica Ecuatoriana Serie Monográfica No. 2).

UHLE, Max (1927b). "Estudios esmeraldeños", *Anales de la Universidad Central* Nº 39, Quito.

VALDEZ, Francisco et al. (1989). *Nuestro pasado: La Tolita*. Quito.- Banco Central del Ecuador. Ejemplar 1, 57 p.

VALLEJO REYNA, Alberto (2003). *Por los caminos de los antiguos nawales*, Guatemala, Ed. CEDIM.

WACHTEL, Nathan (1976). *Los indios del Perú frente a la conquista española (1530-1570).* Madrid-España, Edita, Alianza Editorial.

(1982). *Principios y métodos del arte sagrado.* Buenos Aires Argentina, Ediciones Lidiun.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
FUNDADA EN 1620
QUITO